

## **Caracola abisal**

Siempre se aferra el río a su viaje,  
como el tiempo a su arrogante huella.  
Ni el arco iris, que trazó los surcos  
cuando el barro era aún otoño,  
ni las ramas bucólicas rotas violentamente,  
encuentran la imagen que dispersó el olvido.  
Cuando en el preludio afinan los violines,  
después de varias conjeturas y pausas,  
llueven palabras en nuestros corazones,  
así como la mar devora el acantilado.  
El fragor de las aguas halla la paz,  
al destejer la caprichosa telaraña;  
el aire cruza como bandada de pájaros,  
la arboladura que encalla sus dientes en el aire.  
Sin embargo, noviembre muere muchas veces  
junto a los guijarros de un río apresurado,  
olvida en la resaca un montón de sueños.  
Regresa a la nada, a lo eterno de la caracola abisal,  
a una inevitable aventura convertida en polvo.  
El río arrastra las hojas abatidas por el destino,  
el sol de invierno permanece indiferente a su paso;  
a dónde llevará las manos, las lunas, las bocas presurosas,  
el refugio de la risa, los labios y el rímel adolescente,  
ahora que los árboles desnudan el paisaje  
y los paseos por las veredas desandan los años.  
Al caer la tarde, con la voz aguas abajo,  
se apaga la luz en las orillas blancas del verano.  
Los muros caen con las trompetas que anuncian  
el viento, las nubes, la lluvia dispersa por el río...  
Cuando todo sucede, mi corazón aún desea  
saciar solo un instante mis ojos con su belleza.

**De "Caracola abisal"**